

Aproximaciones a la narrativa de Magdalena Petit

04.68

Juan Gabriel Araya G.³⁷
Universidad del Bío-Bío

AAc 8857

La escritora Chilena Magdalena Petit Marfán (nace en Peñaflor en 1900 y fallece en Santiago en 1968) representa en las letras nacionales un curioso caso en que se entremezclan la popularidad de algunas de sus novelas y la marginalidad en el estudio crítico de su obra. Por consiguiente, dada esta situación, hemos estimado oportuno ofrecer en este trabajo una breve visión crítica de su narrativa, a fin de perfilar, y dimensionar, el valor y la trascendencia de sus novelas más relevantes.

No obstante, la vastedad de su obra literaria, elegiremos para este breve estudio, sólo, la que proviene de su vertiente novelesca. Al respecto, planteamos que nos resulta curiosa la situación que indica la proyección de la obra de esta escritora en la masa lectora. Lo decimos pensando en que su nombre no ha despertado un gran entusiasmo crítico alrededor de su creación, como tampoco, su producción novelesca ha sido considerada representativa de la gran narrativa chilena; antes bien, ha sido relegada a la marginalidad de las historias literarias y de los manuales al uso. Sin embargo, paradójicamente, muchas de sus novelas continúan editándose y sus temas literarios son, en el presente, un patrimonio cultural de gran cantidad de chilenos de baja y media cultura. Así, por ejemplo, su novela *La Quintrala* anota a su haber la no despreciable suma de veintiuna ediciones. Y este hecho demuestra el interés de los chilenos en el tema que se textualiza y la vigencia del nombre de la escritora; también, indica la realidad que se ha plasmado, a contrapelo, salvo excepciones, del juicio académico y erudito de profesores y estudiosos.

Magdalena Petit, en el transcurso de su vida narrativa, y a la par de sus publicaciones, obtiene destacadas distinciones, entre ellas, el galardón máximo otorgado por el diario "La Nación", en concurso nacional, por su primera obra titulada *La Quintrala* (1932). Más tarde, en el año 1937, el jurado, le concede el Premio Municipal por su biografía novelada *Don Diego Portales* (El hombre sin concupiscencia). Dos años más tarde, aparecerá en las letras impresas *Los Pincheira*; y, en el año 1946, ganará nuevamente el Premio Municipal, con el relato titulado *Caleuche*. En 1951 publica Magdalena Petit, en la Editorial Nascimento, su novela más extraña. La denominará sorteando todos los rasgos nacionales de su novelística anterior, *Un hombre en el universo* (Confesión de un desorientado). En el año 1966, la Editorial Andrés Bello, ofrecerá al público la misma novela, pero agregándole -a petición de la autora- una segunda parte.

Ahora bien, con la publicación de *La Quintrala*, texto ambientado en el siglo XVII, Magdalena Petit ingresa al reducido corpus de la novela de base histórica y al amplio circuito de la narrativa chilena, que procura captar el ser nacional y su entorno regional. Alone, el legendario crítico

chileno y su parco prologuista, la respaldará en sus comienzos, puntualizando posteriormente que sus historias son interesantes y que son del agrado del público.

Al respecto, es pertinente señalar que en la época del treinta, el sistema de preferencias literarias llevaba en su interior las marcas formales de un mundonovismo que se constituía preferentemente, en torno al modo de representación de la realidad que postulaban Mariano Latorre y los naturalistas. Se practicaba una suerte de quehacer que incluía como función capital la de conocer el país por la vía de la literaturización del territorio y su habitante. En esa tarea se hallaban -además- Fernando Santiván, Joaquín Edwards Bello, Rafael Maluenda y otros. Todos estos escritores perseguían en sus relatos, aunque no siempre lo alcanzarán, la impersonalidad narrativa, al mismo tiempo que hacían del determinismo del medio ambiente en que se desenvolvían los personajes, un rasgo fundamental. Los suburbios campesinos y urbanos que elegían como escenario de sus relatos contribuían, por otra parte, estructurar una imagen material del país.

Aunque en rigor estricto, los escritores referidos pertenecen a una generación anterior a la de Magdalena Petit, ejercían en la de ésta una gran influencia temática. Si excluimos a los escritores de su generación (Daniel Belmar, Rubén Azócar, Lautaro Yankas...), y sólo tomamos en cuenta a novelistas de su promoción, como lo fueron las grandes adelantadas en el desarrollo de la literatura femenina Marta Brunet y María Flora Yáñez (Mariyan), nos enteraremos de que también ambas se inician en la escritura, al igual que los otros miembros de la generación, cultivando el determinismo telúrico que caracterizaba gran parte de la literatura chilena del período. Basta para demostrar la anterior afirmación mencionar las obras *Montaña adentro* y *El abrazo de la tierra*, de Brunet y Yáñez respectivamente. Por lo tanto, podríamos vaticinar, dado estos parámetros, que Magdalena Petit iba a seguir el mismo camino de sus congéneres, y, en cierto sentido, ahondarlo. No obstante, es necesario precisar algunos puntos.

Su primera novela *La Quintrala*, obedece al patrón imperante, en la medida en que el relato se sostiene en virtud de la documentación histórica y de la construcción precisa del entorno la ciudad de Santiago a mediados del siglo XVII. Empero, se aparta de él si se considera a la novela como una reescritura de *Los Lisperguer* y *La Quintrala*, del historiador Benjamín Vicuña Mackenna, del siglo XIX, fuente esencial de la obra, pues los mundonovistas, en su gran mayoría, recrean el entorno inmediato, sin tematizar el pasado colonial del país al modo de Magdalena Petit. La escritora mantiene la impersonalidad del relato -no hay calas biográficas en casi la totalidad de su obra- pero es discernible un alto grado de subjetividad en el tratamiento de la relación

CAUCE (Chillán) N° 69 (13 Jun. 1995)

amistosa-erótica entre la Catrala y fray Pedro, personajes centrales de la novela. La situación del hombre que está detrás de fray Pedro por su designación de Santo, a fin de justificar su atracción y veneración amistosa, constituye un recurso muy bien utilizado, pero, al mismo tiempo, refleja claramente la irrupción de la sensualidad femenina, impensable en el viejo criollismo y en la historiografía nacional.

Pese a que la Petit, en *La Quintrala*, retoma las consabidas ideas prejuiciosas acerca de la mujer: diabolismo, irreverencia pecadora, instinto criminal, atavismo, originadas -manteniendo las proporciones correspondientes con el estatuto de la leyenda y la sociedad patriarcal-, en el texto de Vicuña Mackenna, su papel de "devoradora de hombres" se encuentra reducido, y, hasta justificado implícitamente, por la pasión que siente por el padre Figueroa, quien, al mismo tiempo, lucha desesperadamente por quitar de su alma los ojos verdes de Catalina, la Quintrala².

Consideramos que el punto de vista anterior le otorga singularidad a la novela, hermanándola -aunque con una solución diametralmente opuesta- con la tragedia que protagonizara Camila O'Gorman, también de aristocrática familia, en la época del dictador Rosas³, en Argentina. Camila no es la Quintrala, por su puesto, pero la sociedad estrecha, pacata y cerrada, no obstante dos siglos de diferencia, fue muy parecida a la que asedió a las dos mujeres. Los prejuicios feudales impidieron la realización plena de sus inclinaciones amorosas, y motivaron sus arranques pasionales y la ruptura violenta del cerco institucional que las aprisionaba.

Ahora bien, no hay duda de que el éxito de esta novela en el público chileno radica en la base legendaria que sostiene la trama novelesca, tematizada por primera vez por don Benjamín Vicuña. La amplia recepción que ha tenido en nuestro medio es debida, por lo tanto, al conocimiento comunitario de la leyenda del siglo XVII y de su sostén real. Se anidó ésta en mayoritarios sectores del pueblo, pero este hecho no explica el divorcio de la obra con la realización de estudios más profundos de dicho objeto literario.

Sin embargo, tenemos que expresar que excepcionalmente, del conjunto crítico, sea el artículo de Marjorie Agosín "Una bruja novelada: *La Quintrala* de Magdalena Petit"⁴, uno de los más logrados en el sentido señalado. La crítica Agosín indica que gran parte del éxito de la narración radica en que el desarrollo de los elementos, brujería y seducción son causa de la poderosa atracción que experimenta hacia ella el público lector.

Consideramos acertada la estimación crítica, pero -además- es necesario agregar que otro motivo de su difusión masiva está constituido por la incorporación al relato de la imagería colonial del represivo siglo XVII. De esta forma, la autora robustece asimismo el discurso ficticio, superponiéndose con ello al mero testimonio que revela la historiografía positivista del siglo XIX.

Entre los continuadores del tema de la Quintrala, destacan Joaquín Edwards Bello y Mercedes Valdivieso. El primero, desidealiza a la Catrala, quitándole ese aire de suntuosidad y grandeza que la ha acompañado siempre, califi-

cándola hasta de ser una mujer fea⁵ y no bella, como ha indicado la propia Magdalena Petit⁶. La segunda, en cambio, en su excelente novela *Maldita yo entre las mujeres*⁷, situándose en la interioridad del sujeto, la construye más persona que personaje, otorgándole una dimensión erótica más natural al relacionarla con un mestizo igual a ella. Los dos escritores -y por esa razón lo exponemos-, contribuyen, desde distintos puntos de vista, al enriquecimiento y a la proyección discursiva del tema, que en la narrativa, inaugura Magdalena Petit.

En el año 1937, Magdalena Petit publicó *Don Diego Portales*, una biografía novelada del político chileno, asesinado en 1837 en las cercanías de Valparaíso, por oficiales sublevados del Regimiento Maipo. Esta obra, a la postre, es loa y expresión de amor de la autora por el ministro conservador que gobernó el país con mano de hierro, en el primer tercio del siglo XIX, echando las bases de la llamada república autoritaria.

Las fuentes de la obra proviene del epistolario de Portales: entrega información acerca de la cotidianidad doméstica, privada y amorosa del político chileno y constituye un relato interesante, aunque extenso y excesivo, el empeño desmedido en destacar las virtudes -según la autora- del ministro, empaña hiperbólicamente la narración. Portales tuvo méritos indudables, pero eso no da lugar a que sea considerado como el primer estadista de América, el mejor patriota de toda nuestra historia, el hombre sin concupiscencia o el modelo para cualquier hombre de cualquier tierra⁸.

Dos años más tarde, Magdalena Petit publica su tercera novela histórica, con el título de *Los Pincheira*. En ésta la documentación manejada por ella, en términos parecidos a la anterior, es atropellada violentamente por la fantasía folletinesca, pues la estructuración literaria no se resuelve, satisfactoriamente, al quebrarse el equilibrio entre un ritmo interno impuesto y el que corresponde a la naturaleza instintiva de la mayoría de los personajes bandidos de la novela.

La novela fue escrita utilizando el recurso de la intertextualidad interna, pues su acción se desprende del interés del público por conocer la suerte de Lucila Guerrero, raptada por los famosos bandoleros chilenos, según cuenta en un episodio de *Diego Portales*. Narra, por consiguiente las andanzas de los bandoleros de Ñuble, en los primeros años de la República⁹. El eje central lo constituye el inverosímil romance entre el capitán Rojas, cómplice de los Pincheira, y la joven Lucila, su víctima. La trama es complicada y muy distendida. Sin embargo, y a pesar de la gran multiplicidad de elementos que ingresan al discurso literario, se advierte la presencia de un gran sentido de observación de costumbres y el ambiente natural que debió existir en aquellas hermosas montañas de Chillán adentro.

La cuarta novela de Magdalena Petit es *Caleuche*. Sus numerosas ediciones, en materia de éxito literario, la hacen comparable con *La Quintrala*, sin embargo, la sensibilidad aplicada al nuevo tema es muy diferente. En esta novela, basada en la libre interpretación¹⁰ de la mítica leyenda del

buque fantasma que aparece en los mares de Chiloé, la sureña isla chilena, la escritora echa a volar su fantasía, coloreándola con finas expresiones poéticas y con desbordes de decantadas ensoñaciones que se tejen alrededor de Pingo, el Caleuchón y de Rosita.

Del conjunto de su obra, ésta pareciera ser la más lograda, dado que ha conseguido desprenderse del diseño prefabricado para introducirse, sin ataduras externas, en un mundo más imaginativo literariamente. La rudeza de sus personajes anteriores es reemplazada por la suave serenidad de una fábula narrada en sordina y sin estridencia.

El marco de la obra está conformado por el relato hecho por un naufrago que cuenta lo que, a su vez, le contó un anciano chilote, único habitante de faro de Punta Agui. La historia se inicia con el nacimiento de Rosita y la extraña aparición del Pingo. Concluye con la visión fantasmagórica, pero real y concreta, del Buque de Arte, denominado Caleuche, ante los ojos desorbitados de "El Chucao" y del abuelo.

Nos interesa destacar que más que la penetración misma en la mágica vida chilota, fuente de estudio de serios investigadores, Magdalena Petit logra elaborar y construir otro mundo de hechicería. Su condición femenina la obliga -aventuramos esta idea- a fabular acerca de otra imaginaria realidad. De este modo, consigue arquitecturar un mundo habitado por seres que, a su vez, tiene como referente los del mundo evocado. Por tal razón planteamos que este relato goza de una libertad mayor que los que lo preceden.

La invención es mucho más poderosa que la erudición o documentación precisa de los hechos o casos narrados. En esta circunstancia encontramos la causa de la atinadas observaciones hechas sobre esta materia por el ensayista e investigador Antonio Cárdenas, quien ha objetado, con seriedad, la imperfecta narración del mito del "Caleuche", reemplazándola, en cambio, por la recreación literaria.

Pues bien, justamente en la espontánea reelaboración y construcción literaria del mito es donde encontramos la superación artística de la escritora. En todo caso, conviene considerar los valiosos reparos desde el punto de vista del verosímil de la leyenda.

La última novela de Magdalena Petit, *Un hombre en el universo*, publicada dos años antes de su muerte, es la ampliación argumental de la que publicó en 1951. Desde la perspectiva estilística, estructural y temática, esta obra se aparta totalmente de toda su producción anterior. Significa la superación absoluta de la utilización de los mitos históricos o legendarios y el ingreso a un espacio novelesco enigmático y psicológico.

Es una novela-ensayo que recorre, a través de las páginas del diario de vida del protagonista Pedro Frankstein, diversos tópicos existenciales, estéticos, científicos, religiosos y culturales, asumidos por un sujeto errático y extraño. Una especie de locura desatada y caótica recorre los ámbitos de la novela que se abre al universo definitivamente. Lejanos quedan los años en que se ligara la novelista, aunque nunca en forma definitiva, al viejo regionalismo de los treinta.

La escritora ha terminado, cambiando lo que hay que cambiar, en sus años postreros, emparentándose, en virtud de la extrañeza y marginalidad del tema, con la desafortunada obra de Juan Emar, quien resulta ser el hermano de su antigua compañera de generación, María Flora Yáñez.

Finalmente, cualquiera sea la calificación crítica de la extraña novela nombrada, interesa señalar que su mayor elaboración artística, el ahondamiento psicológico del ser, o, la versatilidad genérica, expresan, del mismo modo, el mayor desarrollo escritural alcanzado por la novelista, en su obra total. Por lo tanto, Magdalena Petit, se puede definir como una escritora que, a partir del conocimiento de mitos nacionales, consigue situarse al término de su carrera literaria, en el plus ultra de su entorno: el universo.

Notas

1.- Benjamín Vicuña Mackenna, el importante historiador chileno (1831-1886), es el autor de *Los Lisperguer* y *La Quintrala*, una de sus más notables monografías históricas. Su primera edición vio la luz pública en Ferrocarril de Santiago, en 1877. La segunda, se publicó en Valparaíso, en la imprenta de *El Mercurio*, ese mismo año.

2.- En *La Quintrala* (Santiago: Zig-Zag, 21ª edición, 1989), se lee el siguiente pensamiento del padre Figueroa: "Los ojos verdes me turban por un recuerdo que se asociaba a ellos..." p. 117.

3.- La historia de Camila O'Gorman, además de la versión cinematográfica, se encuentra narrada por el escritor argentino Agustín Pérez Pardella, en su novela histórica *Camila* (Santiago: Burguera s/a).

4.- El artículo que se señala se encuentra en el excelente libro de Margorie Agosín, titulado *Las hacedoras; Mujer, Imagen, Escritura* (Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 1993). En el artículo plantea que la "mezcla de lo pagano (brujería) y lo religioso (padre Figueroa) enfatiza la tonalidad de la novela y tal vez explica su popularidad". p. 33.

5.- El destacado cronista y novelista chileno Joaquín Edwards Bello, en su libro: *La Quintrala, Portales y algo más* (Santiago, Universitaria, 1969), se hace la siguiente pregunta: ¿Cómo era físicamente la Quintrala? Mi parecer me dice que era fea, pequeña y finalmente antipática, lo cual no implica que yo desprecie las tesis contra-